



EL TROVADOR.

Y a del rubicundo Febo
las relumbrantes guejeas
sus destellos apagaron
tras de las peladas selvas.
Cueto, el ilustre lugar,
confín de la noble Iberia,
el de las sensibles Hadas
y retozonas Napeas;
patria de grandes varones,
cuna de tamañas hembras;
Cueto, en fin, que no hay más que él,
ni caben más en la tierra,
duerme el sueño de los justos
entre escajos y tinieblas.
Nada turba su reposo,
nada su quietud altera;
ni un perro que ladre inquieto;
ni un cencerro que se mueva;
ni una vaca que, bramando,
pida su ración de yerba;



EL TROVADOR.

Y a del rubicundo Febo
las relumbrantes guejeas
sus destellos apagaron
tras de las peladas selvas.
Cueto, el ilustre lugar,
confín de la noble Iberia,
el de las sensibles Hadas
y retozonas Napeas;
patria de *grandes* varones,
cuna de tamañas hembras;
Cueto, en fin, que no hay más que él,
ni caben más en la tierra,
duerme el sueño de los justos
entre escajos y tinieblas.
Nada turba su reposo,
nada su quietud altera;
ni un perro que ladre inquieto;
ni un cencerro que se mueva;
ni una vaca que, bramando,
pida su ración de yerba;

ni un suspiro, ni un lamento,
ni una risa, ni una queja.

.....

.....

De repente, y sin preludios,
rasgando la bruma densa,
un relincho se elevó
hasta la celeste esfera,
retumbando en las colinas
cual la lúgubre trompeta
llamando á juicio final
al desquiciarse la tierra;
y poco tiempo después,
entre las zarzas espesas,
vióse aparecer un hombre
hacia el fin de una calleja,
avanzando á grandes pasos,
que marcaba con presteza,
sobre los duros morrillos,
el son de sus almadreñas.
Saltó en seguida un vallado,
subió de un prado la cuesta,
y en una casa fijóse
de pobre y ruda apariencia.
Entró luego en el corral
sin aprensión ni cautela;
y echando hacia atrás los codos
y hacia delante la jeta,
otro relincho lanzó

mejor que la vez primera.
Tosió dos veces seguidas,
separó sus largas piernas,
cargóse sobre el garrote,
echó el sombrero á la izquierda;
y abriendo de boca un palmo,
fija la vista en la puerta,
cantó con voz infinita
estas sentidas

ENDECHAS.

«En el corral de tu casa
estoy, para lo que mandes,
á las once de la noche
con un frío que me parte.

Si acaso no estás dormida
y escuchas estos cantares,
deja rodar una glárima
de tus ojos, cuando acabe.

En el día de San Juan
hará tres años cabales
que nos dimos la palabra
estando Lucu delante...

¡Mala cólera me lleve
si pensé, Nela, engañarte,
ni en que me salieras luégo
con que no quiere tu padre!

¡La culpa me tengo yo,

burro, animal y salvaje,
que te tengo tanto amor
que en el cuero no me cabe!

Yo no duermo ni sosiego
una noche ni un instante,
ni tengo salú completa
pensando en tí y en tu padre.

Porque él me tiene la culpa,
y de aquí no hay quien me saque;
y él también tiene que ser
el que dé conmigo al traste.

Ya la borona no me entra,
y el pan no me sastiface,
ni me llenan las patatas,
ni me *paran* los *bisanes*,

Ni se me abre el apetito
con vino blanco y panales,
ni aunque me dieran á pienso
garbanzos y chocolate.

No voy el domingo al corro
si tú no estás en el baile,
ni me pongo otra camisa
que la que tú me bordeastes.

Á oscuras vivo de día
llorando á moco colgante,
hasta que llega la noche
y aquí me vengo á cantarte.

Así ya se van pasando
tres años, Nela, cabaes,

y así pasaré la vida
como de mí no te apiades.

¡Mira que no puedo más
con estos pícaros males
que amores llaman las gentes
y yo llamo... barrabases!

¡Mira que ya de penar
tengo el pecho tan inflante,
que parece el corazón
un puchero de los grandes!

Yo bien quisiera, Neluca,
darlo todo al desbarate
antes que pasar la vida
rodando por los bardales;

Pero si tú no te arrojas,
como no puedo olvidarte,
no me queda más remedio
que algún rayo que me aplane.»

Calló la voz, y al momento,
con misteriosa prudencia,
un ventanillo se abrió
en el fondo de la puerta.

—¡Nela!—¡Colás!... ¡no seas bruto!

—¡En qué te he ofendido, Nela?

—Ya te he dicho que no cantes,

Colás... ¡no me comprometas!

¡Mira que cada cantar
una paliza me cuesta!

—¡Una paliza, mi bien!
 ¿Y quién rayos te la pega?
 ¡Dímelo, Nela, por Dios;
 por Dios me lo dice, Nela!
 —¡Pégame, Colás, mi padre;
 mi padre, Colás, me pega!
 —Entonces...—Entonces ¿qué?
 —Entonces, nada, pacencia...
 y no me olvides, por Dios,
 aunque á puro darte leña
 se te queden las costillas
 como una banasta vieja.
 —¡Es que ya no puedo más!
 —No importa, puede ó revienta;
 que, al fin y al cabo, ha de ser...
 Dame de amor otra prenda.
 —Toma una liga, Colás:
 bien caliente te la llevas...
 Dijo, y le entregó un esparto
 que él se guardó en la chaqueta.
 —Ahora, por esa ventana
 echa los morros afuera.
 —¿Para qué?—Pa lo que sabes...
 —No seas bárbaro.—¡Anda, Nela!

 —Ahora, vete.—No me voy.
 —Quiero que te largues, ¡ea!
 —¡Mira que entovía es trempano!
 —Pues si no quieres, lo dejas.

Y le dió con la ventana
 en la mismísima jeta.
 —Ascucha, Nela, otro poco...
 ¡no te me encultes!... ¡aspera!
 gritaba el pobre Colás
 dando golpes en la puerta.
 —Nada más que un poquitín,
 ¡cinco minutos siquiera!
 Y á la misma cerradura
 pegaba el pobre la oreja,
 para escuchar si volvía
 la su idolatrada Nela.
 Un largo rato pasó
 exhalando amargas quejas,
 llamando en todos los tonos
 y sacudiendo la puerta;
 pero fué tiempo perdido,
 porque ya roncaba Nela.
 Entonces, desesperado,
 maldijo su suerte perra,
 calóse más el sombrero,
 abrochóse la chaqueta,
 y, requiriendo el garrote,
 salió del corral afuera.
 Echó por el prado abajo,
 torció luego á la derecha,
 un seto saltó después;
 y, al entrar en la calleja,
 antes que los matorrales

por completo le cubrieran,
otro relincho lanzó
volviendo atrás la cabeza.
Después siguió su camino;
internóse en la calleja,
y se apagó entre el ramaje
el son de sus almadreñas.



LA BUENA GLORIA.

I.

MÁS de un lector, al pasar la vista por este cuadro, ha de pensar que es una invención mía, ó que, cuando menos, está sacado de las viejas crónicas de la primitiva Santander. Conste que semejantes dudas ni me ofenden ni me extrañan.

Yo, que estoy viendo á estos marineros, embutidos materialmente en el laberinto de los modernos adelantos, sin reparar siquiera en ellos; descansar estoicamente sobre el remo en sus lanchas, sin dirigir una mirada de curiosidad á la rugiente locomotora que, al llegar al muelle, á veinte varas de ellos, agita el agua sobre que se columpian; rodear una legua, por el Alta, para ir al otro extremo de la población, por no atravesar ésta por sus modernas y animadas calles; yo que sé, en una palabra, hasta qué punto conservan las aficiones y las costumbres de sus abuelos, á pesar de haber